

Jade

Martha Vázquez Chagoyán

I

Tenia dos días de haber salido de casa y Jade no aparecía. Sus padres trataron de ser discretos, pero al fin la gente del pueblo se enteró del incidente. La niña estaba por entrar a la edad en que las jóvenes deciden formar su propia familia, sus padres sospechaban que aún no estaba lista y que por eso a ella no le interesaban los comportamientos de una futura madre adulta. Nada explicaba su desaparición, acaso algún accidente o bien un rapto forzado.

Con el coraje de un hombre que ama a su hija, don Iván recorrió el lugar con el fin de averiguar, de haber sido un rapto, quién había sido el sinvergüenza. Desconcertado, al regresar a casa tuvo la seguridad de que ninguno de los jóvenes estaba involucrado.

Mientras tanto, Tilania, preocupada por los dos días de ausencia de su hija, se presentó en la reunión de los encargados de la fiesta de la Virgen de la Asunción para preguntar si alguno de los presentes la había visto después de la mañana del lunes. Sin suerte alguna, ya desesperada, regresó a casa, donde tuvo una fuerte discusión con don Iván. En el fondo, a Tilania no le importó anunciar a la comunidad la desaparición de Jade con tal de que todos se juntaran para buscarla. Finalmente, el sentimiento femenino fue apoyado por don Iván, saldrían al monte para buscarla por el rumbo donde ella solía recoger los maderos para el fogón. Por lo general, Jade salía acompañada por sus hermanitos, pero en ocasiones, por alguna razón que nunca explicaba,

ella prefería hacerlo sola mientras los pequeños se quedaban entretenidos con los mangos.

Doña Tilania pensaba que la niña debía de estar lastimada, y de ser así, debía estar por ahí tirada, estaría aún con vida, esperando que alguien la socorriera. Pudieron haber imaginado peores situaciones, pero ambos se callaron y no compartieron, en absoluto, nada referente a otras posibilidades: el tigre, la víbora, el río...

Corrieron de inmediato al templo y detrás de ellos sus otros seis hijos. El último en seguirlos fue Jorgito, de año y medio, él era quien más extrañaba a Jade porque hasta el momento ella había sido la encargada de atenderlo y cuidarlo, como lo hizo con sus demás hermanos, pero por ser el más pequeño era el que más la necesitaba.

Es la hora del crepúsculo y la gente que suele reunirse frente al templo ya se retiró. Don Iván, presuroso, tomó una piedra y golpeó la campana con la decisión de congregarse al pueblo para pedir auxilio antes de dejar correr el tiempo. Muy pronto salieron los hombres, con ayuda de las linternas de petróleo, de los perros y de los gritos dirigidos hacia la espesura, con la esperanza de encontrar a Jade con vida.

II

Doña Carmen era la mejor partera del lugar, habitaba en el área de viviendas alrededor de la parte central del pueblo, su casa, al igual que aquéllas, estaba contruida con guano y con otros materiales resistentes de la re-



FOTOGRAFÍAS: PABLO MENDEZ (CULTURA SUR)

gión; constaba de dos piezas separadas por unas cortinas de tela floreada que casi rozaban el suelo. Una de las dos secciones de la habitación era menos amplia que la otra, y solamente en ésta, por ser la de descanso, se colocaban los tabloncillos de madera que eran utilizados como cama durante las épocas de frío; de paso, ahí mismo estaban adecuados unos palos para guindar los ropajes de las fiestas del carnaval. El otro cuarto, el grande, era la cocina-comedor; que además de ser un espacio dedicado a la preparación y consumo de alimentos, en éste se colocaban hamacas para que en ellas descansaran las mujeres que llegaban a que doña Carmen les hiciera el trabajo, ya fuera de revisión y diagnóstico, de curación o de parto.

La memoria de doña Carmen ya no era tan buena porque los años le habían caído encima y empezaba a descubrir que se le presentaban lagunas entre un recuerdo y otro; sin embargo, el nacimiento de Jade, debido a su alto nivel de dificultad y por haber sido uno de los más grandes éxitos en su recorrido como partera, lo recordaba con frescura.



...Se aproximaba la fiesta de San Pedro y la gente se alistaba para el gran día, los capitanes y las capitanas eran elegidos cada año para preparar la celebración. Se encargaban de invitar a la gente, de inscribirla, y, asimismo, de organizar la representación de los cuentos del día.

Para las carreras de caballos, a los animales concursantes se les adornaba con flores a un lado de las orejas, pero éstas siempre debían lucir de diferente manera, ya que a lo lejos ese era el principal distintivo. La gente se divertía, pero lo más emocionante era la entrega del premio. Al trofeo, que era un gallo, se le colocaba una cinta; luego, de las patas lo amarraban a un sostén por dos palos, y así, con gran júbilo, el gallo-trofeo se entregaba al triunfador de la carrera.

Pero eso era sólo una pequeña parte de la fiesta; después venían la ma-

rimba y el baile, y si la cosecha del año había sido buena, entonces la gente también disfrutaba de ella.

Tilania estaba por dar a luz a su primer hijo, pero para su mala suerte, en esta fiesta de San Pedro a ella se le había encomendado la preparación del nixtamal. Le dio gusto tomar el encargo, no obstante que en cualquier momento, según le había dicho doña Carmen, le empezaban las contracciones de parto. ¡Así fue!

Por la madrugada del día principal se tenía que terminar de tortear todo el nixtamal, para que al iniciarse la carrera todas las muchachas pudieran estar presentes en la diversión. Así que, apurada, ella decidió ayudar a las chicas a moler para avanzar con mayor rapidez. Juana, su comadre, le estaba ayudando cuando de pronto iniciaron los primeros dolores: a esos primeros aguantó para no entorpecer

el trabajo, pero al fin Tilania se enroscó en cuclillas para soportar el dolor que ahora le retorció mientras Juana salía corriendo en busca de doña Carmen.

Ni a cual más: doña Carmen, Juana y Tilania sudaban cada una su sudor mientras el pequeño hacía un esfuerzo vago por salir. Tilania sudaba y pujaba hacia abajo para que el niño cayera sobre las manos de doña Carmen: sus piernas estaban ya cansadas de apoyarse flexionadas sobre el suelo, y sus brazos agotados de jalar la cuerda cada vez que hacía el esfuerzo para que el pequeño arrojara su primer llanto. Al parecer, el bebé se encontraba en mala posición y la única manera que podía encontrar para salir estaba en la ayuda de un milagro.

Doña Carmen, presurosa, introdujo en el vientre una de sus manos con gran cuidado mientras que con la otra empujaba, en suave pero enérgico masaje, la parte superior de la barriga, hacia el orificio del nacimiento.

Pasaron las horas y el niño no lograba ser completamente acomodado a manera de parto natural. Doña Carmen llegó a pensar que si no salía al instante, se perdería.

¡Qué gran ayuda les dio San Pedro! ¡Cómo agradecerle ese milagro cuando lo único que les quedaba era la esperanza porque sus fuerzas estaban rendidas? ¡Qué felicidad! Claro que por haber sido niña no se le podía bautizar con el nombre del santo "Pedro", pero para Tilania, aunque la niña no llevara tal nombre, quedaría bautizada a su imagen. Pedro... piedra... jade.

¡Jade! Ese era el nombre con el que se bautizaría a la recién nacida.

¡Jade, la piedra verde!

¡Jade! Recordaba doña Carmen, el jade era la piedra del *Alush*, el duende que venía de las lejanías.

¡Eso es! —repetía doña Carmen en voz alta para que la escuchara Tilania— es *Alush*, el duende que anda con su piedra de jade, eso decían mis abuelos: es el duende que asusta a la gente por que nadie sabe que él ronda por los caminos con su piedra de jade, ya que con ella, él desea iluminar la vida...

III

Doña Carmen recordó haber visto en varias ocasiones cómo Jade atravesaba sola al otro lado del río, quizá por eso aseguraba que la niña misma había dejado su cayuco corriente abajo para que nadie la encontrara.

Las lluvias recién habían cerrado el camino lodoso y la gente con dificultad salía a pie. Durante días fue buscada en burro y a caballo, pero no encontraron ni huella ni rastro; después la buscaron por el río pensando que quizá hallarían su cuerpo, pero sólo encontraron el cayuco hecho trizas junto a unas rocas. Doña Tilania y don Iván aceptaban que si San Pedro, en el día de su fiesta le había dado la vida cuando ya estaba perdida, entonces, también la Virgen de la Asunción tenía derecho de llevarse la con ella el día de su festejo. La fiesta no fue detenida; se dió el novenario, llegó la música de Tenosique y de Villahermosa, la gente que "ofrece" le llevó joyas en forma de arete, de anillos y de cadenas, y así muchas otras ofrendas. Aunque doña Tilania también había "ofrecido", para ella no fue una fiesta de alegría, sin embargo, estaba resignada a los deseos de la Virgen de la Asunción porque ella era la señora de Usumacinta, su pueblo.

La virgen había sufrido mucho —pensó Tilania— sobre todo en los

tiempos de aquel Garrido Canabal, cuando llegaron esos hombres para llevársela. Entonces padeció, perdida mucho tiempo... ¡y no era la primera vez que ella sufría! Muchos años atrás, al desbordarse el río, le cayó encima una tremenda inundación que la cubrió por completo en el antiguo templo. De verdad —agregó con voz baja a su pensamiento— que no entiendo por qué suceden esas cosas.

IV

Del otro lado del río, la siembra de maíz, frijol y calabaza fue detenida, y el plátano crecía...

Allá en los platanares era por donde doña Carmen había visto a Jade correr como si alguien ansiosamente la hubiera estado esperando. Ella tenía grandes sospechas que a discreción guardaba. ¡Qué platanares aquellos! —añoraba doña Carmen con tal de calmar su angustia por la pérdida de Jade— bien cargados de plátano del bueno, lástima que verde lo hayan empacado tantas veces en esos cajones de madera para embarcarlos en chalanas hacia quién sabe

dónde, pero eso sí, de seguro esos gringos se fueron a buscar un sitio limpio de insectos... luego de nada sirvió que vinieran esos mexicanos con su polvo, nomás lo acabaron de matar.

Desde entonces mucha gente del pueblo se fue en busca de mejor fortuna, aún así, Usumacinta siguió creciendo. Se construyeron casas con tabique, se instaló la escuela y se abrió camino ancho. Por los rumores se supo que muy pronto el centro de salud empezaría a ser la competencia de las aprendices de doña Carmen; quizá para las nuevas generaciones sería fácil aceptar que un doctor atendiera un parto, pero la partera —decía ella— no debe, nunca en la vida y por nada del mundo, dejar su oficio. Las últimas palabras de la partera mayor fueron como las de siempre, con todo el amor que ella profesaba por la vida. Las muchachas que la seguían la escucharon con detenimiento, pues en ese momento comprendieron que la máxima sabiduría se les iba para siempre.

Ella fue la única que supo el verdadero destino de Jade. La noche anterior a su desaparición la había encontrado llorando sentada bajo la copa del árbol que protegía su casa. Durante largo rato la miró desde lejos pensando que quizá la joven necesitaba sólo un rato de descanso, pero no, algo había detrás de esa quietud. No había luna, así que ninguna sombra se reflejaba; el silencio casi se apoderó de la noche, pero el murmullo de los grillos y del río lo quebraron.

Jade tenía miedo de unirse a la rebeldía de la oscuridad, pero sin entenderlo, en su cuerpo albergaba un sentimiento desconocido que la hacía sollozar interminablemente.

—¿Por qué yo?— decían las lágrimas que secaba con su vestido.

—¿Por qué a mí? —se preguntaba desconsolada.

El albedrío la había tocado, ella se iba.

